

# *Secesión*

*La guerra civil americana*

**JOHN KEEGAN**



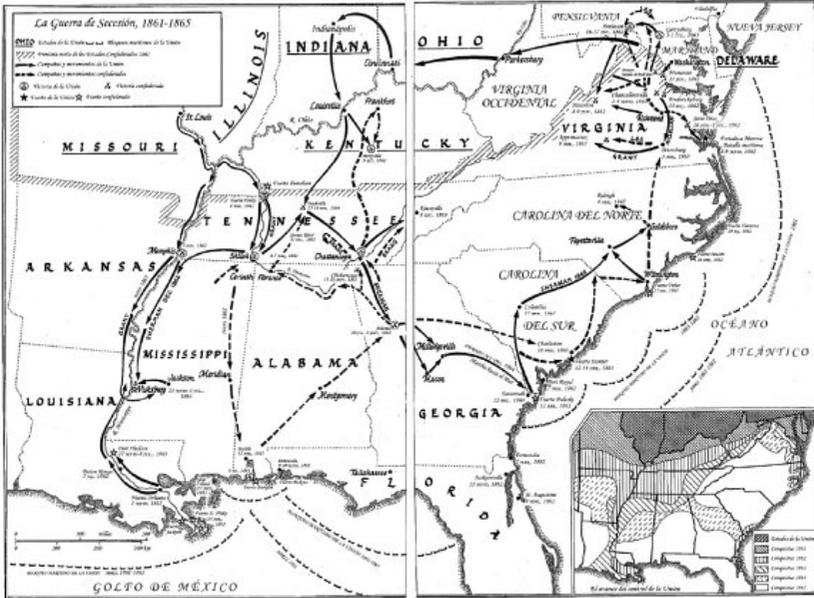
La historia definitiva de la guerra de Secesión, narrada por el decano de los historiadores británicos. Una historia militar de primera clase, unida a una narrativa vívida y apasionante. Imprescindible para lectores de narrativa bélica, pero también de historia internacional, por el análisis en profundidad de este conflicto que dio pie al nacimiento de Estados Unidos como superpotencia.

Para un historiador militar, incluso si se trata de uno de los más prestigiosos del mundo, como sir John Keegan, no resulta fácil decir algo nuevo sobre la Guerra de Secesión, la guerra civil estadounidense. Otros eminentes especialistas, como Bruce Catton, Shelby Foote y James McPherson, han narrado la crónica de este enfrentamiento civil analizándolo con todo detalle. Keegan analiza a fondo la influencia que tuvo este conflicto bélico en las técnicas militares europeas. La Guerra de Secesión «inauguró un estilo de guerra que presagiaba la peor clase de males para los pueblos incapaces de mantener a raya a un conquistador, como se vería 75 años más tarde, con las campañas de Hitler en el este de Europa».

*Para Lindsey Wood*

## LISTADO DE MAPAS

- La Guerra de Secesión, 1861-1865 >>
- Ferrocarriles estadounidenses en 1861 >>
- Primera batalla de Bull Run (Manassas), 21 de julio de 1861 >>
- Shiloh, 6-7 de abril de 1862 >>
- Las batallas de los Siete Días, 25 de junio-1 de julio de 1862 >>
- Antietam, 17 de septiembre de 1862 >>
- Chancellorsville, 2-6 de mayo de 1863 >>
- Convergencia de fuerzas en el Norte >>
- Gettysburg, 2-3 de julio de 1863 >>
- La campaña de Vicksburg, abril-julio de 1863 >>
- La ofensiva hacia Petersburg >>
- La marcha de Sherman, mayo de 1864-abril de 1865 >>



## PRÓLOGO

Comencé un libro anterior con esta frase: «La Primera Guerra Mundial fue una guerra cruel e innecesaria». También la Guerra de Secesión fue cruel, por los sufrimientos que infligió a los participantes y la angustia que causó a quienes en ella perdieron a sus seres queridos. Pero no fue innecesaria. En 1861 la división entre el Norte y el Sur, provocada sobre todo por la esclavitud, entre otras diferencias, era ya tan acusada que solo hubiera podido resolverse mediante una transformación profunda que implicase, obligatoriamente, que la esclavitud dejara de percibirse como el único modo de contener el problema de los negros en Norteamérica; o quizá mediante una separación permanente entre los estados esclavistas y sus simpatizantes y el resto del país; y posiblemente, dadas las fricciones que tal separación conllevaría, mediante una guerra. Pero eso no significa que la guerra fuese inevitable. Variables políticas y sociales de todo tipo pudieron haber conducido a una resolución pacífica. Si el Norte hubiese tenido un presidente ya asentado, y no uno recién elegido, y con una posición antiesclavista menos provocadora para con el Sur; si el Sur hubiera tenido líderes, particularmente un posible líder nacional tan capaz y elocuente como Lincoln; si ambas partes, pero sobre todo el Sur, hubieran estado menos influidas por el militarismo diletante que imperaba en el mundo anglosajón a ambos lados del Atlántico a mediados de siglo entre los regimientos de voluntarios y los clubes del rifle; si

la industrialización no hubiese alimentado tanto la confianza del Norte en que podría hacer frente a la belicosidad del Sur; si el apetito de Europa por el algodón sureño no hubiese persuadido a tantos hacendados y productores al sur de la línea Mason-Dixon de que estaban en posición de dictarle al mundo los términos de una diplomacia separatista; si no se hubieran acumulado tantos elementos condicionantes en la mentalidad del Norte y del Sur; entonces puede que el simple valor de la paz, y su preservación, hubiesen primado sobre el belicoso clamor de las multitudes y los mítines de reclutamiento, y conducido a la gran república desde el caos de la fiebre bélica hacia la normalidad de la calma y de un compromiso aceptable para ambas partes. Los estadounidenses eran grandes negociadores. Media docena de compromisos importantes habían venido evitando la división a lo largo el siglo XIX. De hecho, el país entero había adoptado tácitamente el compromiso como principio rector de sus relaciones con los antiguos amos coloniales a principios de siglo, y de su renuncia a perpetuar el conflicto con Inglaterra, tras la aberración que supuso la Guerra de 1812. Desafortunadamente, los estadounidenses eran también gente de principios. Habían plasmado estos principios en los preámbulos a sus magníficos documentos de gobierno, la Declaración de Independencia y la Constitución y sus Diez Enmiendas; y, cuando se exaltaban, recurrían a estos principios como guía para la solución de sus problemas. Por desgracia, los puntos de desacuerdo más importantes entre el Norte y el Sur en 1861 podían considerarse principios; tanto la indivisibilidad de la república y su poder soberano como los derechos de los estados estaban ligados a las pasiones de la época dorada de la república, y, si la supervivencia de esta se veía amenazada, podían ser invocados nuevamente. A lo largo de las luchas políticas en las décadas anteriores del siglo, habían sido invocados una y otra vez por dos figuras dotadas de gran sinceridad y elocuencia, Henry Clay y John Calhoun. Fue una

auténtica mala suerte que Estados Unidos produjese líderes de opinión tan formidablemente persuasivos. Para desgracia del Sur, que había dominado el debate durante la primera mitad del siglo, precisamente en el punto en que la cuestión de los principios dejó de ser un torneo verbal y amenazó con convertirse en una llamada a la acción, el Norte produjo un líder que hablaba mejor y con más energía que cualquiera de los campeones del Sur por aquel entonces.

La guerra debía de estar a flor de piel en el debate en 1861, pues el Sur, en cuanto comenzó a organizarse para la secesión, no solo designó a su propio presidente de la Confederación, sino también a un secretario de guerra, así como a secretarios de estado, del tesoro y del interior. Tan pronto como asumió el cargo, el presidente Lincoln convocó a las milicias de los estados norteros al servicio federal y reclutó a decenas de miles de voluntarios. En pocas semanas, uno de los políticos más pacíficos del mundo civilizado se puso al mando de multitudes que, aunque aún no tuvieran armas, las reclamaban, se instruían en su manejo y convocaban marchas. Las armas tardaron en aparecer. Pero esta demora no aplacó la agitación social, pues aquel ataque contra la integridad y autoridad de la república había despertado profundas pasiones populares. Se había convertido en un asunto preocupante para los pueblos del Viejo Mundo, a raíz de las luchas de liberación nacional, tanto en la parte hispanohablante del continente americano como en la angloparlante. Las dos Norteaméricas de 1861, la del Norte y la del Sur, llegaron a la conclusión de que las cuestiones de principios y las discrepancias generadas por la elección de Abraham Lincoln eran lo bastante graves como para pelear por ellas. Esta decisión confirió al inminente conflicto un designio fatal. Se convirtió en una guerra entre pueblos, y los de cada bando, que hasta entonces se veían como uno solo, comenzaron en adelante a percibir sus diferencias y a considerarlas más importantes que aquellos va-

lores que habían venido aceptando como permanentes y vinculantes desde 1781. La inaplazable guerra sería por lo tanto una guerra de secesión, y así fue rápidamente llamada y reconocida. Entre tanto, los líderes del Norte y del Sur analizaban qué forma adoptaría el conflicto en caso de que llegara hasta sus pueblos. La cuestión, para el Sur, era sencilla: defendería sus fronteras y repelería a cualquier invasor que apareciera. Para el Norte las cosas no eran tan simples. Toda guerra sería una rebelión, un desafío a su autoridad que debía ser derrotado; pero ¿cómo y —lo que era más crucial— dónde infligir esta derrota? El Sur constituía la mitad del territorio nacional, un área inmensa que solo colindaba con las regiones organizadas del Norte en unos pocos puntos muy distantes entre sí. Había contacto entre el Sur y la región de las grandes ciudades del Norte en el corredor de la costa atlántica de Maryland y Pensilvania, una región con abundantes ferrocarriles; había otras conexiones más indirectas entre el Norte y el Sur en el valle del Mississippi, donde existían bastantes rutas fluviales, pero pocas ciudades y escasa población. En consecuencia, al estallar la guerra en abril de 1861, esta comenzó de manera irregular, improvisada, y en buena medida sin dirección, con ejércitos embrionarios que se atacaban dondequiera que se encontraban. Los primeros encuentros fueron combates de menor importancia que se produjeron en lo que el *Times* de Londres llamó desdeñosamente «campos sin batalla», allí donde más tarde se fundó el estado de Virginia Occidental. Fue una gran ventaja para el Sur que la primera batalla importante de la Guerra, la llamada primera batalla de Manassas, o primera batalla de Bull Run, concluyera con una victoria sudista, si bien sus consecuencias fueron lamentables para Estados Unidos. Esta victoria inesperada desanimó al Norte y persuadió al Sur de que la victoria definitiva era alcanzable. Si la batalla hubiese tenido otro resultado, como fácilmente hubiera podido suceder, acaso la

guerra hubiese concluido más pronto y a un costo mucho menor para el Norte y para el Sur.

Después de Bull Run, la guerra hubo de ser encarada como una empresa de grandes proporciones y exigió a ambas partes un dispendio ilimitado de recursos. Sin embargo, Bull Run no indicó al Norte ni al Sur el camino a seguir. El Sur continuó a la defensiva, y Lincoln y sus generales siguieron sin saber cómo emprender una ofensiva exitosa. El vilipendiado general George McClellan, un organizador genial, pero poco ardoroso como estratega y como guerrero, concibió el plan de sacar al Ejército del Potomac de los alrededores de Washington y trasladarlo por agua, entrando por la bahía de Chesapeake, hasta las inmediaciones de Richmond. Era una idea conveniente y bien razonada, ya que se evitaban una serie de disputados cruces de ríos en el norte de Virginia durante la marcha desde una capital a la otra. Todo lo que esta maniobra evitó al ejército de la Unión quedó demostrado por la Campaña Terrestre de Grant en 1864, cuando éste tuvo que pelear a cada paso sangrientas batallas, entre ellas las de Spotsylvania y Cold Harbor. La Campaña Peninsular, como fue llamada la empresa de McClellan, mereció rendir grandes frutos, pero la timidez de su creador provocó que no tuviera consecuencias, y obligó al Ejército del Potomac a volver a librar infructuosas batallas frontales alrededor de Washington. El fracaso de la Campaña Peninsular promovió también la aparición del general Robert Lee, quien frustraría todos los esfuerzos ofensivos del Ejército del Potomac durante tres años, y llevaría a cabo sus propias incursiones en el territorio de la Unión.

Una estrategia de la Unión, exitosa aunque muy discutida, surgió finalmente de modo accidental, cuando la victoria del general U. S. Grant contra los fuertes Henry y Donelson condujo a la primera incursión federal seria en el territorio confederado a través del río Tennessee. Grant inauguró así la «campaña del Oeste», en realidad en el centro-sur

de Estados Unidos. Grant iniciaría otras dos estrategias: la de alimentarse del campo y la de infligir bajas. La tarea de hacer que el Sur pagara con sangre por su rebelión desagradaba a importantes líderes de la Unión, entre ellos a Winfield Scott, el general en jefe, y a su sucesor, George McClellan, quienes creían que el tiempo y un modo menos encarnizado de luchar inculcarían un ánimo de paz y reconciliación en el Sur, donde se pensaba que había un gran número de federalistas encubiertos. Grant no adoptó ninguna de estas tibias posiciones. Aunque no era un hombre sanguinario, creía que únicamente con golpes feroces podría ponerse fin a la guerra y, si bien deploraba la «efusión de sangre», siempre peleó para ganar. Después de los fuertes Henry y Donelson, su primera gran batalla, Shiloh, fue una espantosa orgía de sangre que puso ante los ojos de la nación la naturaleza del conflicto que se había iniciado. Fue una advertencia saludable, pues de ahí en adelante las listas de bajas se elevaron inexorablemente. La Guerra de Secesión llegó a ser involuntariamente una guerra con recuento de bajas, así como llegaría a serlo la posterior guerra de Estados Unidos en Vietnam. En la década de 1960, el populoso Vietnam del Norte fue capaz de sostener una guerra de este tipo, sacrificando a cincuenta mil jóvenes cada año a manos del Ejército de Estados Unidos y de sus aliados, y reemplazándolos al año siguiente sin mermar en su desempeño bélico. El Sur estadounidense no podía soportar semejante costo. En 1861-1864 parecía capaz de, sin debilitarse, reemplazar a los que morían en combate o por enfermedades generadas por la guerra, pero esta aparente invulnerabilidad era engañosa. La guerra fue desangrando mortalmente al Sur, mientras que el Norte, más populoso, lograba reponer sus enormes pérdidas y seguir peleando. A medida que el Norte devoraba las reservas de combatientes del Sur, también se iba abriendo paso por su territorio Sur. La campaña de Shiloh inició la bisección del Sur a manos de Grant, e infligió además pérdidas muy graves.

Tras la bisección vino la fragmentación, primero cuando Grant tomó un atajo por el sur de Tennessee para llegar hasta el sur de Georgia, dividiendo luego los estados meridionales y los estados fronterizos. De ahí en adelante Grant fue reduciendo el Sur a fragmentos cada vez más pequeños, infligiendo pérdidas constantes.

El Sur, o en particular el Ejército de Virginia del Norte, a las órdenes de Lee, no fue capaz de infligir daños similares en el Norte. Las invasiones de Lee en Pensilvania y Maryland fueron poco más que incursiones a gran escala. Ninguna de ellas logró conquistar un espacio permanente, y si bien Lee logró infligir cuantiosas bajas, particularmente en Antietam y Fredericksburg, sus batallas le costaban muy caro. Tras el fracaso de sus invasiones, Lee no contaba con una estrategia en el Este. No podía hacer otra cosa que mantener una fuerte defensa, y ver cómo el Norte desarrollaba una estrategia cada vez más eficaz en el Oeste.

La Guerra de Secesión es una de las grandes guerras más misteriosas de la historia; misteriosa por inesperada, pero también por la intensidad con que estalló. Gran parte del misterio consiste en el hecho de que una guerra civil estallase en un país que desde sus inicios se había dedicado a la paz entre los hombres, a la hermandad entre sus habitantes, como proclamara Filadelfia, su mayor ciudad, al iniciarse la Guerra de Secesión. Resulta además un misterio por su geografía humana: al principio parecía arraigada en la vecindad de las dos capitales, Washington y Richmond, pero luego, como la invasión exótica de una flora tropical, estalló a gran distancia de los campos de batalla de Virginia, en Tennessee, Missouri y Louisiana, a menudo sin que hubiese una fecundación cruzada aparente. Abraham Lincoln, el nuevo presidente de 1861, dijo que la «guerra en cierto sentido tenía que ver con la esclavitud»; pero en 1862 y 1863 sus enormes y agresivos retoños brotaron en zonas donde la esclavitud era un componente muy secundario de la vida económica y social. De hecho, como ahora

sabemos, muchos sureños no tenían ningún vínculo personal con la esclavitud, ni como dueños de esclavos ni como empleadores de su fuerza de trabajo. Ciertamente que quienes no poseían esclavos a menudo guardaban rencor a sus vecinos esclavistas, pero eso no impidió que se incorporasen por miles al nuevo ejército confederado y luchasen con aterradora ferocidad y admirable destreza en las batallas que este libró contra el Ejército de la Unión. Había otro misterio en esta guerra: ¿por qué hombres sin ningún interés racional en la guerra lucharon tan ferozmente contra los norteamericanos, quienes, por aquel entonces, a menudo no se distinguían de sus pobres adversarios sureños? En el Sur, esta ausencia de motivación personal directa solía presentarse como una paradoja: «Una guerra de ricos, pero una pelea de pobres», subrayando el hecho innegable de que, si bien los grandes propietarios de esclavos y sus hijos militaron en las filas sureñas, estas estaban conformadas por una inmensa mayoría de granjeros pobres y a menudo por hombres que no poseían nada en absoluto.

La comparación de la riqueza del Norte y la del Sur añade otra dimensión misteriosa a la guerra. Un simple balance económico hubiera desvelado que el Sur no era lo bastante rico para sostener una campaña seria contra el Norte. La riqueza per cápita del Sur era mayor que la del Norte, pero solo debido al valor comercial de los esclavos y de los cultivos comerciales que producían, una riqueza que estaba en manos privadas. El capital y el valor de los ingresos de la economía norteamericana eran inmensamente superiores a los del Sur, pues producía materias primas esenciales —hierro, acero, metales no ferrosos, carbón, productos químicos— en grandes cantidades, y tenía acceso a terminales de transporte de las que el Sur carecía. La producción de bienes manufacturados del Sur era más deficiente aún. Ya en 1861, el Norte exportaba por su cuenta carbón y acero; en 1900 su producción de materiales esenciales para la guerra sobrepasó la del Reino Unido. Esta inversión de las circuns-

tancias económicas ya se preveía al comienzo la Guerra de Secesión.

La capacidad de un enemigo sobrepasado económica y numéricamente, como era el caso del Sur con respecto al Norte, para sostener la lucha a tan gran escala, no hace sino ahondar el misterio de esta guerra.

## I

## EL NORTE Y EL SUR SE DIVIDEN

**E**stados Unidos es diferente. Hoy que la excepcionalidad estadounidense, como se suele llamar, ha devenido tema de estudios académicos, Estados Unidos es menos excepcional, salvo en riqueza y poderío militar, de lo que fue en los años en que solo podía llegarse hasta allí cruzando en barco el Atlántico. Por aquel entonces, antes de que Hollywood, la tecnología de la televisión y la multinacionalidad de la industria musical universalizaran su cultura, Estados Unidos era realmente una sociedad distinta a la del Viejo Mundo que le había dado origen. Los europeos que hacían este viaje percibían toda clase de diferencias, no solo políticas y económicas, sino también humanas y sociales. Los norteamericanos eran más grandes que los europeos —incluso sus esclavos eran más grandes que sus antepasados africanos— gracias a la sobreabundancia de comida que producían las granjas. Los padres norteamericanos otorgaban a sus hijos una libertad desconocida en Europa; se abstentían de castigarlos de la forma en que lo hacían los padres y madres europeos. Ulysses S. Grant, el futuro general en jefe de los ejércitos de la Unión y presidente de Estados Unidos, recordaba en sus memorias que «nunca hubo ninguna reprimenda ni castigo por parte de mis padres, ningun-